



La mochila de la

SCS

En el corazón del mundo
con el corazón de Dios

05

Mensaje del Papa Francisco a la CMIS (agosto 2016) por medio del Card. Parolin

Estáis en el corazón del mundo con el corazón de Dios

La originalidad y peculiaridad de la consagración secular se hace patente cuando secularidad y consagración caminan juntas y se viven en unidad. El mayor reto de los Institutos seculares hoy es justamente vivir esta síntesis.

San Pablo VI explicó con lucidez **la esencia de la vocación secular**. Éstas fueron sus palabras: *«Vosotros os halláis en una misteriosa confluencia entre dos poderosas corrientes de la vida cristiana, recogiendo las riquezas de una y de otra. Sois laicos, consagrados como tales por los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, pero habéis escogido acentuar vuestra consagración a Dios con la profesión de los consejos evangélicos, asumidos como obligaciones con un vínculo estable y reconocido. Y permanecéis siendo laicos, comprometidos con los valores seculares propios y peculiares del laicado (cfr. LG, 31), pero la vuestra es una "secularidad consagrada"»*. Y más adelante añade: *«Consagración indica la íntima y secreta estructura maestra de vuestro ser y de vuestro actuar. Aquí está vuestra riqueza profunda y escondida que los hombres, entre los que vivís, no saben explicarse y, a menudo, no pueden ni siquiera sospechar. La consagración bautismal se ha radicalizado como consecuencia de una crecida exigencia de amor suscitada en vosotros por el Espíritu Santo. No es la forma de consagración propia de los religiosos, pero, ciertamente, es de tal naturaleza que os empuja a una opción fundamental por una vida según las bienaventuranzas evangélicas. De modo que sois realmente consagrados y estáis realmente en el mundo»* (20.09.1972).

A los Institutos seculares se les pide hoy una síntesis renovada, teniendo siempre la mirada puesta en Jesús y estando el mismo tiempo inmersos en la vida del mundo. Hacer síntesis entre consagración y secularidad significa ante todo *mantener siempre juntos* los dos aspectos *sin separarlos jamás*. Significa también *conciliarlos, no sobreponerlos*: sobreponerlos llevaría a vivir de manera formal, a observar las diversas prácticas sin que se produjera una transformación en el modo de vivir las relaciones con los hermanos y el mundo. Hacer síntesis significa, en fin, que *no se debe subordinar un elemento al otro*: secularidad y consagración deben caminar juntos, cada uno tiene necesidad del otro. No se es primero laicos y después consagrados, ni mucho menos consagrados primero y después laicos. Se es contemporáneamente laicos consagrados. De aquí deriva una consecuencia importantísima: se precisa un *discernimiento continuo*, que ayude vivir el equilibrio, una actitud que permita encontrar a Dios en todas las cosas.

Para esto la **formación es fundamental**. Ella debe guiar a los miembros de los Institutos seculares a responder plenamente a la misión de los respectivos institutos, suscitando un compromiso, siempre nuevo y profundo, con Cristo que llama y envía, y a ponerse en juego al mismo tiempo en las realidades del mundo de hoy. Se trata de una formación particularmente exigente. Se requiere un continuo esfuerzo en vivir la unidad entre consagración y secularidad, entre acción y contemplación, sin el soporte de una organización comunitaria de la vida de oración y de trabajo. Cuando se busca permanecer abiertos a la voluntad de Dios, se desarrolla aquella mirada de fe que lleva a descubrir a Cristo presente en todas partes. Es necesario, pues, educar a una relación intensa con Dios que se vea, al mismo tiempo, enriquecida por la presencia de los hermanos. No se pide la vida comunitaria, pero la comunión con los hermanos es esencial. Toda la vida debe sentirse animada y caracterizada por la comunión con Dios y con el prójimo.

El compromiso secular tiene ante sí un vasto horizonte. Se precisa pues **una continua atención a los signos de los tiempos**: se debe leer, comprender e interpretar la historia, e insertarse en ella de modo constructivo y fecundo para darle una impronta evangélica, contribuyendo según las diversas responsabilidades, a orientarla hacia el Reino de Dios. Esta vocación conlleva vivir, por tanto, con una constante tensión por actuar la síntesis entre el amor a Dios y el amor a los hombres, viviendo una espiritualidad capaz de conjugar los criterios que vienen "de lo alto", de la gracia de Dios, y los criterios que vienen "de la base", de la historia humana. Crecer en el amor por Dios lleva inevitablemente a crecer en el amor por el mundo. Y viceversa.

Guiados por el Espíritu Santo en vuestra forma de actuar, **introducís en el mundo la lógica de Dios**, contribuyendo a construir la humanidad nueva que Él quiere. Es Dios quien obra la

síntesis entre secularidad y consagración. Gracias a Él se puede ejercitar una tal profecía que implica el *discernimiento* y la *creatividad* que suscita el Espíritu. *Discernimiento* como el esfuerzo por entender e interpretar los signos de los tiempos, aceptando la complejidad, fragmentación y precariedad de nuestro tiempo. *Creatividad* como capacidad de imaginar nuevas soluciones, inventar respuestas inéditas y más adecuadas a las nuevas situaciones que se presentan. Hacerse compañeros de la humanidad en camino es una realidad teológica para vosotros, uno de cuyos elementos esenciales es la búsqueda del diálogo y del encuentro que os pide haceros hombres y mujeres de comunión en el mundo. Sois, pues, llamados en Cristo, a ser signos e instrumentos del amor de Dios en el mundo, signos visibles de un amor invisible que lo penetra todo y quiere redimirlo todo, para reconducir todas las cosas a la comunión trinitaria, origen y meta final del mundo.

¿Cómo es la humanidad que tenéis delante? Personas que han perdido la fe o que viven como si Dios no existiera, jóvenes sin valores ni ideales, familias rotas, personas sin trabajo, ancianos que viven solos, inmigrantes... «Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré» (Mt 11,28). Diciendo esto, Jesús nos indica el camino. ¡Cuántos rostros se cruzan en nuestro camino yendo al trabajo o a la compra! ¡Cuántas ocasiones para aliviar, animar, dar esperanza, llevar consuelo! Esta es la vida en el mundo (*"in saeculo viventes"*, dice el canon 710) que constituye la "secularidad", la nota común a todos los Institutos seculares, que se vive de modo diferente en los diversos Institutos.

En síntesis, podemos decir que **es particularmente urgente cuidar la vida de oración**: ser mujeres y hombres de oración, de amistad íntima con Jesús, dejando que sea Él el Señor de nuestra vida; y **cuidar la vida de familia**: no vivís en comunidad, pero debéis ser un hogar encendido en el que muchos hombres y mujeres puedan encontrar luz y calor por la vida. Precisamente porque vivís dispersos como la levadura y la sal, debéis ser testigos del valor de la fraternidad y de la amistad. El ser humano no es una isla; debemos evitar caer en la indiferencia hacia los demás. Si vuestra misión es la de transfigurar el mundo, renovando el orden de la creación, es necesario gritar con la vida al hombre de hoy que es posible un nuevo modo de ser, de vivir, de relacionarse con el mundo y con los demás, ser hombres y mujeres nuevos en Cristo:

- Con la castidad, mostrando que existe un modo diferente de amar con corazón libre como el de Cristo, en la oblación de sí.
- Con la pobreza, reaccionando contra el consumismo que devora especialmente al occidente y denunciando con la vida y también con la palabra, donde sea necesario, tantas injusticias contra los pobres de la tierra.
- Con la obediencia, siendo testimonios de libertad interior contra el individualismo, el orgullo, la soberbia. En definitiva, ser "el ala avanzada de la Iglesia" en la nueva evangelización. Pero ninguna nueva evangelización será posible si no parte de la novedad de vida que hace suyos los sentimientos de Cristo y su oblación hasta la muerte.

Y es urgente vivir el amor fraterno, el otro elemento indispensable que contribuye de modo eficaz a la nueva evangelización. He subrayado ya la importancia de la comunión: todos los miembros de los Institutos seculares son llamados a vivirla, en las situaciones ordinarias del mundo, ya sea viviendo solos, en familia o en pequeños grupos según sus respectivas constituciones, participando activamente en la vida del Instituto. En la Última Cena Jesús oró al Padre por todos sus discípulos, pidiendo para ellos la gracia de la unidad. Solamente una comunión que, aún en medio de los límites humanos, manifieste el amor entre sus miembros es creíble y hace visible el amor de Dios, la gratuidad, la fidelidad y la ternura de su amor. El Hijo de Dios, con su encarnación. Ha traído a los hombres el don de la fraternidad. En Cristo todos somos hermanos e hijos de Dios. El amor de cada uno de nosotros hacia los demás, desde los más cercanos a los más lejanos, es justamente el modo que Jesús nos ha indicado para encontrar el camino de la salvación.

Entonces **el reto mayor**, también para los Institutos seculares, es el de **ser escuelas de santidad**. Un peculiar estilo de santidad debería emerger de cada Instituto, santidad encarnada en las acciones de cada día, en los pequeños o grandes eventos donde florece la creatividad de la fe, de la esperanza y de la caridad. La Virgen María es modelo perfecto de esta espiritualidad encarnada. Constantemente unida al Hijo en la vida cotidiana y en las preocupaciones familiares, llevaba una existencia normal del todo semejante a la de los demás, y así colaboraba con la obra de Dios. Permaneciendo unidos a Ella, se tendrá la garantía de caminar por el camino de la santidad secular.

Este es el camino: llamados por el Señor a seguirlo en el mundo, lleváis amor por el mundo, amándole a Él ante todo, y amando a los hermanos con corazón paterno, materno. No os dejéis llevar por la costumbre, siendo "insípidos". Porque «si la sal se vuelve insípida, ¿quién la sazonará?» (Lc 14,34).